



## Los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega: una poética de la historia

Martín Sozzi  
Universidad de Buenos Aires  
Universidad Nacional de General Sarmiento

### Resumen

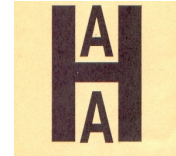
Puede resultar algo desconcertante la forma en que el Inca Garcilaso encara la escritura de la historia del incario en los *Comentarios reales*. Lejos de naturalizar esa práctica, de considerarla como la única forma posible de narrar la historia, nos proponemos rastrear algunos de los modelos que le sirvieron para generar la escritura de su obra. Nuestro trabajo se propone rastrear esos modelos en los que el Inca abrevó para la construcción de su obra mayor. Conocemos a partir de las investigaciones de Durán —fundamentalmente aquella en la que nos revela los nombres que poblaban la biblioteca del Inca— algunos libros que pueden haberle resultado decisivos a la hora de adoptar un modo de escritura. A partir de esos datos y del cotejo de la obra del Inca con otras obras y autores que conocía (Plinio, la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, la *Historia natural y moral de las Indias* del padre José de Acosta), indagaremos en una serie de tradiciones que sirvieron de modelo para la escritura de la historia del incario: la recurrencia a la autoridad de los antiguos y, vinculada a ella, la consideración de aspectos de la historia natural; la influencia de una concepción judeo-cristiana de la historia; la autoridad otorgada al haber visto, proveniente de la historiografía griega; la vigencia del modelo historiográfico renacentista.

**Palabras clave:** discurso de la historia — modelos historiográficos — modelo historiográfico renacentista — historia natural — historia del incario

Comencemos por plantear algunas de las preguntas, conflictos, dificultades que, implícita o explícitamente, debieron considerar algunos de los cronistas de Indias al momento en que debían enfrentarse con la página en blanco. ¿Cómo narrar la historia del Nuevo Mundo, el descubrimiento de un imperio, la naturaleza americana? ¿Qué criterios de organización textual debían tener esas narraciones? ¿Qué elementos son historiables y cuáles no lo son? ¿Cuál es la relación con la retórica de la época, con los filósofos de la Antigüedad, con las Sagradas Escrituras, con los Padres de la Iglesia?

El centro de nuestras preocupaciones en relación con las cuestiones planteadas lo constituye la obra del Inca Garcilaso de la Vega. Específicamente su obra principal, los *Comentarios reales* y, más específicamente aún, su ingreso en materia, el modo que elige para comenzar con la narración del incario: su ingreso a ese universo narrativo complejo. En el capítulo I del Libro Primero sostiene el Inca (1985: 5):

Habiendo de tratar del Nuevo Mundo o de la mejor y más principal parte suya que son los reinos y provincias del Imperio llamado Perú, de cuyas antiguallas y origen de sus Reyes pretendemos escribir, parece que fuera justo, conforme a la común



costumbre de los escritores tratar aquí al principio si el mundo es uno solo o si hay muchos mundos; si es llano o redondo y si también lo es el cielo redondo o llano; si es habitable toda la tierra o no más de las zonas templadas; si hay paso de una templada a la otra; si hay antípodas y cuáles son de cuáles, y otras cosas semejantes que los antiguos filósofos muy larga y curiosamente trataron y los modernos no dejan de platicar y escribir, siguiendo cada cual opinión que más le agrada (subrayado nuestro).

La pregunta que guiará en buena medida nuestro trabajo está relacionada con quiénes serían, con qué forma de escribir la historia estarían vinculados, esos escritores a los que el Inca está considerando en este fragmento. O planteado de otro modo: en qué tradición o tradiciones se está inscribiendo el Inca Garcilaso de la Vega al momento de pensar la forma que adoptará su historia

Como dato inmediato, y como primera aproximación para tratar de desentrañar la última pregunta planteada, sabemos —en virtud de las investigaciones llevadas a cabo por Durand (1948)— con qué autores se hallaba familiarizado debido a que conocemos los libros que ocupaban los estantes de la biblioteca del Inca en Córdoba<sup>1</sup>. En su trabajo, Durand ofrece un listado de ciento ochenta y ocho ejemplares de distintas características en donde se presentan las diferentes preocupaciones y gustos de nuestro autor. El estudioso peruano realiza con ellos una primera clasificación, los incluye en cuatro grandes categorías: históricas, clásicos de la Antigüedad y del Renacimiento, obras religiosas y morales y, por último, obras científicas. En esta oportunidad nos ocuparemos de las primeras, de las obras históricas<sup>2</sup>, dado que partimos de la hipótesis que han ejercido diferentes tipos de influencia en la escritura de la historia que el Inca lleva a cabo en su obra principal.

---

<sup>1</sup> Durand aclara que es muy probable que la biblioteca del Inca en Córdoba haya sufrido modificaciones con respecto a la que poseyó en Montilla antes de 1591: seguramente creció y, también muy probablemente, algunos volúmenes con los que contaba en esta, ya no estuvieran en la de Córdoba.

<sup>2</sup> Entre las principales obras históricas mencionadas por Durán en su listado, encontramos las siguientes:

San Isidoro de Sevilla, *Historia de regibus Gothorum*

Quinto Curcio, *Vida de Alejandro*

Julio César, *Comentarios*

Suetonio, *Vida de los doce cesáres*

Juan de Castellanos, *Elegías de barones ilustres de Indias* (primera parte)

Pero Mexía, *Historia imperial y cesárea, en la cual se contienen las vidas y hechos de todos los cesáres desde Julio César hasta el emperador Maximiliano*

*Ystoria de Heliodoro* (anónima)

Diego Fernández, *Crónica del Perú*

Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*

Francisco López de Gómara, *Ystoria de las Indias*

Pedro Cieza de León, *Corónica del Perú*

Gonzalo Fernández de Oviedo, *Ystoria de las Yndias*

Guicciardini, *La istoria de Italia*

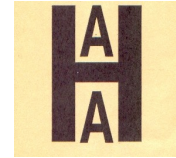
Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*

Polibio, *Historia de Roma*



Nos interesa cotejar, para comenzar, el modo en el que los *Comentarios reales* se asemejan en algunos aspectos que a continuación detallaremos, a la de otro historiador de las Indias, a la del cronista español Francisco López de Gómara. En su *Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés*, obra que vio la luz en Zaragoza en 1552, Gómara (Gurría Lacroix 1989) inicia su relato a través de una serie de capítulos que llevan los títulos siguientes: "I. El mundo es uno y no muchos, como algunos filósofos pensaron", "II. Que el mundo es redondo y no llano", "III. Que no solamente el mundo es habitable mas que también es habitado", "IV. Que hay antípodas y por que se dicen así", "V. Dónde, quien y cuales son antípodas", "VI. Que hay paso de nosotros a los antípodas, contra la común opinión de los filósofos", "VII. El sitio de la tierra", hasta llegar al capítulo XIII, denominado "El descubrimiento primero de las Indias". Observamos que, a diferencia de lo que sucede con otros cronistas que relatan mucho más el día a día de la conquista y que aparecen guiados por una concepción contingente de la verdad histórica —el caso de Bernal Díaz es muy claro en este sentido, su primer capítulo "En qué tiempo salí de Castilla y lo que me acaeció" pone de manifiesto que su relato comienza al subir a los barcos—, a diferencia de esos cronistas, decíamos, el descubrimiento de las Indias aparece inscripto en un escenario más amplio: se instala el Nuevo Mundo y el proceso de su descubrimiento, dentro de una cosmovisión mayor relacionada con concepciones propias del momento histórico.

Algo similar, en este sentido sucede en los *Comentarios reales* aunque de modo mucho más escueto. El Inca no realiza un desarrollo tan exhaustivo de estos pasos previos antes de su ingreso al tema específico como el que lleva a cabo Gómara, ya que en el capítulo IV de su obra arriba a "La deducción del nombre Perú". Pero en los tres primeros capítulos del Libro I, realiza una operación similar a la efectuada por Gómara: "I. Si hay muchos mundos. Trata de las cinco zonas", "II. Si hay antípodas" y "III. Cómo se descubrió el Nuevo Mundo". ¿A qué se debe este introito efectuado por ambos cronistas antes de entrar en materia?, ¿en qué tradición se están enrolando ambos?, ¿cuáles son sus antecesores en este modo de comenzar a contar la historia, sea ésta cual fuere? No estoy atribuyendo a Gómara una influencia directa en este modo de organizar la escritura que adopta el Inca Garcilaso. Sabemos que nuestro Inca conocía bien la *Historia general* de Gómara a partir del ejemplar hallado en Lima con anotaciones de su puño y letra y hay incluso quienes le atribuyen a esas glosas, en donde se amplían o corrigen muchas de las afirmaciones del cronista español, el germen de los propios *Comentarios reales* (Porrás Barrenechea 1948: 3-4) este conocimiento tan directo de la obra no explica el modo de narrar la historia. Otros autores a los que también conocía Garcilaso y cuyos libros poblaban su biblioteca, narraban del mismo modo: el padre Acosta, por ejemplo. Y muchos otros a los que también conocía y apreciaba comienzan su relato —por el contrario— en relación con un modo de narración que antes hemos llamado contingente. Podríamos afirmar que en el caso del Inca existe una fuerte influencia del modelo historiográfico renacentista, modelo en el que la organización retórica de la historia aspiraba a extraer el designio de una intención inicial que otorgaba sentido a todo el resto del relato. A diferencia del modelo contingente de verdad, entonces, en el que el día a día de los hechos tiñe el relato, en el modelo historiográfico renacentista existe una inserción dentro de un marco mayor en el que el relato particular —el del Inca en nuestro caso, el de la historia de Indias en Gómara o Acosta— se encuadra y cobra sentido (González Echevarría: 1984).



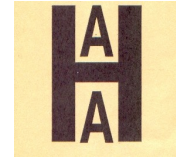
Por un lado, esta concepción de la narración histórica se encuentra imbuida de una cosmovisión cristiana de la historia. Para la tradición judeo-cristiana la vida de los pueblos se presenta como el desenvolvimiento de un plan divino. La Divinidad se manifiesta, interviene, en el fluir del tiempo histórico. “El plan divino —afirma Rafael Arrillaga Torrens (1982: 19) — comienza en el tiempo con un acto de creación y avanza inexorablemente hacia su fin, en un Juicio Final. La historia del mundo es la epifanía de este drama escatológico”. Pero ese fin supera en calidad al mundo de los orígenes, con lo que se manifiesta también una idea de progreso. La idea clásica de un tiempo cíclico, deja paso en el medioevo a un tiempo lineal en donde se espera la llegada de un tiempo pleno, superador: el del Juicio Final, el que no se cumplirá en este mundo, razón por la cual también existe una idea finita del tiempo histórico: lineal y finita. El tiempo cíclico de la historiografía clásica, entonces, contrapuesto al tiempo lineal y progresivo de la historiografía cristiano-medieval, con un origen y un final. Dentro de este modelo, continuado por la historiografía renacentista, para narrar una historia particular como la del Perú, es necesario realizarse preguntas fundamentales, preguntas por los orígenes y presentar una serie de concepciones y discusiones en torno a ideas cosmogónicas vigentes en la época o en torno a las cuales todavía se establecían discusiones.

Consideremos ahora al Padre Acosta, a quien ya hemos mencionado más arriba, quien nos brindará una serie de claves para comprender —desde otro aspecto— lo que nos estamos proponiendo: el comienzo de los *Comentarios reales*. La obra de Acosta, también conocida por el Inca, es la *Historia natural y moral de las Indias*. Desde su título, podemos apreciar la consideración de dos órdenes, de dos mundos diferentes: el mundo natural y el mundo moral. Al igual que en Gómara, pero de un modo mucho más desarrollado, Acosta aborda —en el libro I de su obra— tres grandes temas: el cosmológico-geográfico (redondez del cielo, su extensión y movimiento, la cuestión de las antípodas), el geográfico-histórico (el tema del conocimiento de la existencia de América por la geografía antigua) y el tema antropológico (la incógnita del origen del hombre en el Nuevo Mundo) (O’Gorman 1989).

En su *Proemio al lector*, Acosta plantea dos carencias de los cronistas que ha leído respecto de los modos de narrar la historia del Nuevo Mundo: la extrañeza que les provoca la naturaleza de las Indias y el tratamiento que efectúan de la historia de los antiguos indios que las poblaban. Aclara el propio cronista:

A la verdad ambas cosas tienen dificultad no pequeña. La primera —la que nos interesa en esta ocasión—, por ser cosas de naturaleza que salen de la filosofía antiguamente recibida y platicada, como es ser la región que llaman Tórrida, muy húmeda, y en partes muy templada, llover en ella cuando el sol anda más cerca y otras cosas semejantes (Acosta 1983: 57).

Para O’Gorman (1989: 137), las cuestiones cosmológicas abordadas por Acosta al comienzo de su libro “tienen su propia historia y vicisitudes, porque todos ellos fueron motivo, ya en conjunto, ya por separado, desde la más remota antigüedad hasta el renacimiento y albores de lo que se llama la edad moderna, de enconadas disputas y variadas opiniones”. En las concepciones cosmológicas que presenta Acosta puede percibirse un conocimiento marcado por esas discusiones: aparecen rastros de los filósofos de la antigüedad, como la teoría de los cuatro elementos simples de Empédocles, pero



sobrevuelan en todo momento y de modo fundamental las concepciones aristotélicas. Pese a esta concepción dominante, resultaría imposible que Acosta no corrigiera e incluyera enmiendas en las ideas del mundo del Estagirita, ya que la propia experiencia le demuestra que la denominada “Zona Tórrida” es habitable. Otro factor de autoridad lo constituyen para el jesuita Acosta —como no podía ser de otra manera— las Sagradas Escrituras.

Pero más allá de este respeto por las autoridades, O’Gorman señala —y esto nos interesará especialmente pensando en la situación del Inca— que en la obra de Acosta se percibe una incipiente “libertad de pensamiento”. La consecuencia más importante en este sentido es la de conceder un importante valor cognoscitivo a los datos percibidos y adquiridos a través de la observación y la experiencia personales. Vemos entonces, que comienza a vislumbrarse una tendencia que en la modernidad adquirirá un peso decisivo en relación con el surgimiento del pensamiento científico moderno que sentará sus bases pocos años después, en 1637, con la publicación de *El discurso del método*. Pero vamos al propio Acosta, a lo que afirma en el capítulo IX del libro II cuando caen las autoridades y principia la experiencia:

Diré lo que me pasó a mí cuando fui a las Indias. Como había leído lo que los filósofos y poetas encarecen de la Torridazona, estaba persuadido que cuando llegase a la Equinocial, no había de poder sufrir el calor terrible; fue tan al revés que al mismo tiempo que la pasé sentí tal frío, que algunas veces me salía al sol por abrigarme, y era en el tiempo que andaba el sol sobre las cabezas derechamente, que es en el signo de Aries, por marzo. Aquí yo confieso que me reí e hice donaire de los meteoros de Aristóteles y de su filosofía... (Acosta 1983: 141).

Sin embargo, resulta bastante obvio aclarar que existen algunas concepciones filosófico-teológicas que, pese a este valor incipiente otorgado a la experiencia, pesan todavía en Acosta —como no podía ser de otra forma en un sacerdote de comienzos del siglo XVII. Esas determinaciones que guían y regulan la observación están compuestas por las opiniones heredadas de la tradición y, fundamentalmente, por las Sagradas Escrituras.

Más allá de estas disquisiciones, en torno al predominio de la experiencia o las autoridades, podemos ver que en el caso de Acosta aparece en estos comienzos un acercamiento a la historia natural. En relación con esta vertiente histórica, Mignolo (1982: 80) afirma:

La historia natural, hasta el momento de Buffon, quien la orienta hacia la búsqueda de “sistemas”, se manifiesta en la acumulación de información, de tal suerte que la historia del caballo o del asno consistirá en lo que los antiguos pensaban, todo lo que se han imaginado de sus virtudes, carácter, coraje, los usos o empleos posibles, los cuentos que existen sobre ellos, los milagros a los que están ligados en ciertas religiones, etc.

Y esto es precisamente lo que ocurre en Acosta de modo explícito y en Gómara de modo implícito: una consideración histórica, un rastreo de fuentes diversas que los lleva a realizar un recorrido temático e histórico. Podemos ver, entonces que existe en esta concepción de algunos cronistas de Indias un doble cruce: una concepción cristiana de la





historia relacionada con la búsqueda de un origen desde el cual las historias particulares cobrarán sentido, y un modo de retrotraerse hacia esos orígenes a partir de la indagación en la historia natural y a partir del diálogo con los antiguos y de su revalorización renacentista, sin olvidar por supuesto las opiniones de los Padres de la Iglesia y –en algunos casos- de los datos de los sentidos.

Retornando a Gómara, podemos decir que en él no aparece esta mención a la experiencia y todo se resuelve –recordemos que no conoció las Indias– como afirma el propio autor (Gurría Lacroix 1989: 15) cuando recurre a Plinio, en "gran batalla de letrados".

Resulta fundamental esta mención de Plinio por parte de Gómara. Para el cultivo de la historia natural, un europeo renacentista contaba con un modelo clásico insoslayable: Plinio el Viejo. Su monumental *Historia naturalis* era un verdadero monumento del saber clásico, elaborado en el siglo I de nuestra era; sus veintisiete libros representaban para la inmensa mayoría de los humanistas uno de los modelos importantes a seguir.

También en Plinio aparecen preocupaciones de tipo cosmológico como las que ya señalamos en nuestros autores de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, además de muchas otras: geográficas, de la flora y la fauna, humanas. Para señalar un ejemplo: el Libro II de la *Historia Natural*, se inicia con un capítulo titulado *Si el mundo es finito y si es uno*. Poco después, y luego de recorrer temas de lo más variados respecto de la constitución de los planetas o del tratamiento de los eclipses entre muchos otros, llegamos al capítulo LXV: *De los Antípodas, si los hay, y de la redondez del agua*. Estos ejemplos remiten claramente a los capítulos de las historias de Indias que ya hemos mencionado.

Consideremos nuevamente al Inca. Ya afirmamos que en el comienzo de los *Comentarios reales* dedica sólo dos capítulos al tratamiento de cuestiones propias de la historia natural. Parece muy breve esta forma de inicio dado que, como ya hemos apreciado, en otros autores existe un desarrollo mayor. En el Inca se percibe un abordaje ambivalente de estas cuestiones propias de la historia o la filosofía natural. Por un lado plantea que "fuera justo, conforme a la común costumbre de escritores, tratar aquí al principio si el mundo es uno solo o si hay muchos mundos..." (1985: 9) y otras cuestiones similares, y de ese modo justifica la inclusión de los capítulos iniciales. Pero poco después de presentar estas dudas, plantea:

Mas porque no es aqueste mi principal intento ni las fuerzas de un indio pueden presumir tanto, y también porque la experiencia, después que se descubrió lo que llaman Nuevo Mundo, nos ha desengañado de la mayor parte de estas dudas, pasaremos brevemente por ellas, por ir a otra parte, a cuyos términos finales temo no llegar (1985: 9).

En el Inca, al igual que sucede en Acosta o en Gómara, existe una imposibilidad de escapar de las fórmulas propias de la escritura de la historia. No puede obviar un comienzo que remita a las autoridades. Sin embargo, este comienzo es dubitativo. Y lo es porque puede percibirse este enfrentamiento entre autoridad y datos provenientes de la experiencia. El Inca valora el hecho de haber estado ahí, de ser testigo de vista. En la discusión respecto de qué zonas del mundo son habitables, el Inca responde: "yo nací en la tórrida zona, que es en el Cuzco, y me crié en ella hasta los veinte años..." (1985: 10). Y aquí se manifiesta en el Inca una idea del acceso al conocimiento histórico que lo retrotrae a la Antigüedad, más



específicamente a las obras de Heródoto y Tucídides. En su biblioteca se encontró un ejemplar de la *Historia de la guerra del Peloponeso* en donde se otorga a la vista una preeminencia por sobre cualquier otro tipo de conocimiento. Como afirma Jorge Lozano (1987: 24) "La historia, desde la historiografía griega, comienza a ser considerada como el relato de aquel que puede decir "he visto" o, en su defecto, "he oído" de personas fiables —porque han visto".

En esta inauguración de la escritura del incario, podemos ver el cruce de toda una serie de tradiciones: la recurrencia —casi inevitable— a la autoridad de los antiguos y, vinculada a ella, la consideración de aspectos de la historia natural; la influencia de una concepción judeo-cristiana de la historia; la autoridad otorgada al haber visto, proveniente de la historiografía griega; la vigencia del modelo historiográfico renacentista.

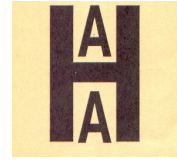
"La estructura narrativa será en buena medida una esquematización de la mentalidad del narrador y de los valores culturales que informan su pensamiento", afirma Enrique Pupo-Walker (1982: 23). Creemos que es posible aplicar estas ideas a la concepción de la historia que tiñe las primeras páginas de los *Comentarios reales*, páginas en las que se percibe una idea de la historia atravesada por diferentes concepciones provenientes de tradiciones diversas a las que el Inca adhiere "conforme a la común costumbre de los escritores", y que también adapta a su particular fin.

## Bibliografía

- Acosta, José de (1983) [1590]. *Historia natural y moral de las Indias*. Edición de José Alcina Franch. Madrid, Historia 16.
- Arrillaga Torrens, Rafael (1982). *Introducción a los problemas de la historia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Durand, José (1948). "La biblioteca del Inca". *Nueva Revista de Filología Hispánica* II: 238-264.
- Garcilaso de la Vega, Inca (1985) [1609]. *Comentarios Reales de los Incas*. Prólogo, edición y cronología de Aurelio Miró Quesada. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- González Echevarría, Roberto (1984). "Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista". *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Caracas, Monte Ávila.
- Gurría Lacroix, Jorge (ed.) (1989). Francisco López de Gómara. *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés* [1552]. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Lozano, Jorge (1987). *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Editorial.
- Mignolo, Walter (1982). "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". Luis Iñigo-Madreigal (ed.) *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. Época colonial, Madrid, Ediciones Cátedra: 57-116.
- O'Gorman, Edmundo (1989) [1962]. "La Historia natural y moral de las Indias del Padre Joseph de Acosta". *Cuatro historiadores de Indias*, México, Alianza Editorial Mexicana.
- Porras Barrenechea, Raúl (1948), "Una joya bibliográfica peruana". *El Comercio* 3.4.
- Pupo-Walker, Enrique (1982). *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción : siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Gredos.



*IX Congreso Argentino de Hispanistas*  
*“El Hispanismo ante el Bicentenario”*



*La Plata, 27-30 de abril de 2010*  
*<http://ixcah.fahce.unlp.edu.ar>*  
*ISBN 978-950-34-0841-4*